

## NUESTROS HERODES

El 23 de mayo del año 2000 el ministro de Defensa británico Geoff Hoon fue interpelado en la Cámara de los Comunes acerca de los ataques anglo-estadounidenses contra Iraq. Ésta fue su respuesta:

Entre el 1 de agosto de 1992 y el 16 de diciembre de 1998 la aviación del Reino Unido arrojó 2,5 toneladas de munición sobre la zona de exclusión meridional, con una media de 25 kilos al mes. No contamos con registros suficientemente detallados de la actividad de la coalición en ese período para estimar el porcentaje que esto representa del total de bombas lanzadas por la misma. Entre el 20 de diciembre de 1998 y el 17 de mayo de 2000 la aviación del Reino Unido arrojó 78 toneladas de proyectiles sobre la zona de exclusión meridional, con una media de 5 toneladas al mes. Esa cifra representa aproximadamente el 20 por 100 del total lanzado por la coalición en el mencionado período<sup>1</sup>.

En otras palabras, en el curso de los pasados dieciocho meses, Estados Unidos y el Reino Unido han dejado caer unas 400 toneladas de bombas y misiles sobre Iraq. Blair ha estado lanzando explosivos mortales sobre ese país en una proporción veinte veces superior a la de Major. ¿Hay explicación para esta escalada? Sus orígenes inmediatos no son ningún misterio. El 16 de diciembre de 1998 Clinton, en vísperas de una votación en la Cámara de Representantes que podía culparle de perjurio y obstrucción a la justicia, desencadenó un asalto aéreo permanente sobre Iraq, aparentemente para castigar al régimen de Bagdad por su negativa a cooperar en las inspecciones de Naciones Unidas, aunque en realidad pretendía frustrar su inculpación. La operación *Zorro del Desierto*, apropiadamente bautizada en recuerdo del general nazi Rommel, duró más de setenta horas, destruyendo un centenar de objetivos.

Esa tormenta de fuego se mantuvo a lo largo de 1999, sin verse perturbada por la guerra de la OTAN en los Balcanes. En agosto de ese año el *New York Times* informaba:

Los bombarderos estadounidenses han estado atacando a Iraq metódicamente, sin que apenas se tratara del asunto en público. En los últimos ocho meses los pilotos

---

<sup>1</sup> *Hansard*, 24 de mayo de 2000.

norteamericanos y británicos han lanzado más de 1.100 misiles contra 359 objetivos iraquíes, el triple del número de objetivos atacados en los cuatro furiosos días de diciembre [...] En otros términos, esos pilotos han desarrollado aproximadamente dos tercios de las misiones que los pilotos de la OTAN han llevado a cabo contra Yugoslavia en los setenta y ocho días de bombardeos continuos sobre ese país<sup>2</sup>.

En octubre funcionarios estadounidenses confesaban al *Wall Street Journal* que pronto se habrían quedado sin objetivos que batir: «Hemos derribado hasta la última instalación existente». A finales de año las fuerzas anglo-estadounidenses habían hecho más de 6.000 salidas, lanzando más de 1.000 bombas sobre Iraq. A comienzos de 2001 los bombardeos sobre Iraq habrán durado más que la invasión estadounidense de Vietnam.

Y, sin embargo, este decenio de ataques aéreos no es sino una parte mínima de la tortura aplicada a Iraq. El bloqueo terrestre y marítimo ha infligido un sufrimiento aún mayor. Las sanciones económicas han llevado a la población, cuyos niveles de nutrición, escolarización y servicios públicos estaban muy por encima de los habituales en la región, a una miseria insondable. Antes de 1990 el país tenía un PNB per capita de más de 3.000 dólares. Hoy en día está por debajo de los 500, lo que convierte a Iraq en unos de los países más pobres del planeta<sup>3</sup>. Ese país, que no hace mucho tiempo poseía elevados niveles de educación y un avanzado sistema de sanidad pública, se ha visto devastado por Occidente. Su estructura social está en ruinas, a su pueblo se le niegan los recursos básicos para la supervivencia y su suelo está contaminado por los proyectiles con cabezas de uranio empobrecido. Según las cifras de la ONU para el año pasado un 60 por 100 de la población no tiene acceso a agua corriente, y más del 80 por 100 de las escuelas necesitan reparaciones importantes<sup>4</sup>. En 1997 la FAO indicaba que el 27 por 100 de los iraquíes sufrían malnutrición crónica. UNICEF informa que en las regiones del centro y sur, en las que se concentra el 85 por 100 de la población, la mortalidad infantil duplica la del período anterior a la Guerra del Golfo.

El número de muertes causadas por el estrangulamiento deliberado de la vida económica no se puede estimar con absoluta precisión; tendrán que hacerlo los historiadores. Según el experto más cauteloso, Richard Garfield, «un cálculo conservador de las “muertes excedentes” entre los niños menores de cinco años desde 1991 sería de 300.000»<sup>5</sup>, mientras que la UNICEF, que en 1997 informaba que «4.500 niños de menos de cinco años mueren cada mes de hambre y enfermedades», estima el

<sup>2</sup> Steven LEE MYERS, «In Intense But Little-Noticed Fight, Allies Have Bombed Iraq All Year», *The New York Times*, 13 de agosto de 1999. Tanto para esta cuestión como para muchas otras, véase la introducción de Anthony Arnove a la compilación editada por él mismo, *The Siege of Iraq*, Londres, 2000, pp. 9-20.

<sup>3</sup> Peter PELLET, «Sanctions, Food, Nutrition and Health», en *The Siege of Iraq*, p. 155.

<sup>4</sup> *Informe de la ONU sobre la Actual Situación Humanitaria en Iraq*, marzo de 1999.

<sup>5</sup> «The Public Health Impact of Sanctions», *Middle East Report*, núm. 215, verano de 2000, p. 17. Garfield es profesor del Clinical International Nursing en Columbia.

número de niños muertos por el bloqueo en 500.000<sup>6</sup>. Otras muertes son más difíciles de cuantificar, pero como señala Garfield «las tasas de mortalidad de UNICEF representan únicamente la punta del iceberg en cuanto a los enormes daños causados a los cuatro de cada cinco iraquíes que vivirán más allá de su quinto cumpleaños»<sup>7</sup>. A finales de 1998, el Coordinador Humanitario para Iraq de la ONU, de la que antes fue Secretario General Adjunto, el irlandés Denis Halliday, dimitió de su puesto como protesta frente al bloqueo, declarando que el número total de muertos podría ser superior al millón<sup>8</sup>. Cuando su sucesor Hans von Sponeck tuvo la temeridad de incluir en su informe los daños a civiles causados por las incursiones anglo-estadounidenses, los gobiernos de Clinton y Blair exigieron su destitución. A finales de 1999 dimitió también, explicando que sus esfuerzos se habían encaminado a mejorar la situación del pueblo iraquí, y que «un mes tras otro, el tejido social iraquí se va deteriorando». Las sanciones llamadas «Petróleo por Alimentos», establecidas a partir de 1996, permiten a Iraq únicamente la exportación de 4.000 millones de dólares de petróleo al año, cuando se necesitarían un mínimo de 7.000 millones para cubrir siquiera el muy reducido abastecimiento nacional<sup>9</sup>. En el transcurso de una década, Estados Unidos y el Reino Unido han conseguido un resultado sin par en la historia moderna. Iraq es hoy, informa Garfield, el único ejemplo en los últimos doscientos años de un incremento sostenido a gran escala en la mortalidad, en un país con una población estable de más de dos millones de habitantes<sup>10</sup>.

¿Qué justificación se ofrece para ejercer una venganza tan asesina sobre todo un pueblo? La apologética oficial insiste en tres argumentos reproducidos machaconamente por los medios de comunicación domesticados. En primer lugar, Saddam Hussein es un agresor insaciable, cuya invasión de Kuwait no sólo violó la ley internacional, sino que amenazó la estabilidad de toda la región, y ninguno de sus vecinos estará a salvo mientras no se le derroque. En segundo lugar, su régimen iba acumulando armas de destrucción masiva y estaba a punto de conseguir un arsenal nuclear, lo que planteaba un peligro sin precedentes para la comunidad internacional. En tercer lugar, la dictadura de Saddam en su propio país es de una ferocidad sin parangón, la encarnación de la maldad política, y ningún gobierno decente puede tolerar que se prolongue su existencia. Por esas tres razones el mundo civilizado no descansará hasta eliminar a Saddam. El bombardeo y el bloqueo son los únicos medios para lograrlo sin poner en peligro a los ciudadanos de Occidente.

<sup>6</sup> UNICEF, «Iraq Survey Shows “Humanitarian Emergency”», 12 de agosto de 1999.

<sup>7</sup> «The Public Health Impact of Sanctions», p. 17.

<sup>8</sup> Véase *The Siege of Iraq*, pp. 45, 67.

<sup>9</sup> Véase Haris GAZDAR y Athar HUSSAIN, «Crisis and Response: A study of the Impact of Economic Sanctions in Iraq», *Asia Research Centre*, London School of Economics, diciembre de 1997.

<sup>10</sup> «Changes in Health and Well-Being in Iraq during the 1990s», *Sanctions on Iraq-Background, Consequences, Strategies*, Cambridge, 2000, p. 36.

Todos y cada uno de estos argumentos son vacíos, totalmente desprovistos de sustancia. La ocupación iraquí de Kuwait, un territorio administrado normalmente desde Basora o Bagdad en tiempos precoloniales, no fue un atentado excepcional ni en aquella región ni el mundo en general. La invasión indonesia de Timor oriental fue aceptada con serenidad por Occidente, y así llevaba casi dos décadas cuando la familia gobernante huyó de Kuwait. Más dolorosamente aún, y también en el Oriente Próximo, Israel, un Estado basado originariamente en un proceso de limpieza étnica que lleva mucho tiempo desafiando las resoluciones de la ONU que exigen una división equitativa de Palestina, ha ocupado repetidamente extensas áreas de los territorios colindantes y en el momento de los hechos ocupaba no sólo la franja de Gaza, Cisjordania y los Altos del Golán, sino también una zona del sur del Líbano. Lejos de oponerse a este expansionismo, Estados Unidos sigue apoyándolo, equipándolo y financiándolo, sin que se oiga ni un murmullo de desaprobación por parte de sus aliados europeos y menos aún de Gran Bretaña. El resultado final de este proceso está a la vista, con Washington supervisando la concentración de los palestinos en unos cuantos áridos bantustanes, al gusto de Israel. La moraleja no es que la expansión territorial agresiva sea un crimen que nadie puede cometer sin sanción, sino que para llevarla a cabo un Estado tiene que actuar también en interés de Occidente, y en tal caso puede obtener éxitos sorprendentes. La ocupación iraquí de Kuwait no favorecía a Occidente, ya que planteaba la amenaza de que dos quintas partes de las reservas mundiales de petróleo quedarán en manos de un Estado árabe moderno con una política exterior independiente, algo muy alejado de las dependencias feudales de Occidente que muestran Kuwait, Arabia Saudí o los emiratos del Golfo; de ahí la necesidad de desencadenar la *Tormenta del Desierto*.

Esto es lo que se refiere al expansionismo. En cuanto a la amenaza mortal de los programas armamentísticos iraquíes, tampoco era para tanto. Mientras en Washington y Londres se consideró al régimen iraquí como un amigo —durante unos veinte años, en tanto aplastaba a los comunistas de su propio país y combatía a los *mullabs* iraníes—, pocas aprensiones despertó su ímpetu armamentístico: podía utilizar armas químicas sin que nadie objetara lo más mínimo; se le garantizaban las licencias de exportación y se hacía la vista gorda ante sus compras billonarias de gigantescos cargamentos. Si bien la capacidad nuclear desbordaba lo previsto, tampoco era algo que sólo se aplicara a Iraq, ya que desde la década de 1960 Estados Unidos venía procurando, en interés del monopolio de las grandes potencias, que no se extendiera a Estados menores. Israel, naturalmente, quedaba exento de los requerimientos de la «no proliferación», no sólo almacenando un gran arsenal sin la menor reconversión de Occidente, sino disfrutando de un apoyo activo en la ocultación de su programa<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> Mordechai Vanunu, el técnico de la instalación nuclear israelí en Dimona que dio a conocer el programa de armas nucleares de su país, fue secuestrado en Roma en 1986 con la complicidad del gobierno italiano, y desde entonces se le ha mantenido encarcelado en una prisión israelí, sufriendo más de once años de encierro en aislamiento.

Pero una vez que el régimen iraquí contravino los intereses occidentales en el Golfo, la posibilidad de que se hiciera con armamento nuclear se convirtió de repente en un peligro apocalíptico. Hoy en día no queda ni una brizna de aquel espantapájaros. Por un lado, el monopolio nuclear de las grandes potencias, que siempre constituyó una pretensión grotesca, se ha venido abajo, como no podía ser de otra manera, con la obtención de tales armas por parte de India y Pakistán, a las que pronto seguirá sin duda Irán. Y por otro, el programa nuclear de Iraq ha quedado tan arrasadoramente erradicado que el propio Scott Ritter, el superhalcón inspector de UNSCOM que se jactaba de su cooperación con la inteligencia israelí y promovió las incursiones que culminaron en la operación *Zorro del Desierto*, reconoce ahora que no existe ninguna posibilidad de reconstruirlo y que habría que levantar el bloqueo.

Por último está la afirmación de que las atrocidades del régimen de Saddam en su propio país son tan extremadas que cualquier medida es válida con tal de librarse de él. Como la Guerra del Golfo acabó sin una marcha sobre Bagdad, Washington y Londres no han podido proclamar esto oficialmente, pero lo dejan traslucir en cada reunión informativa informal y en los comentarios a su gente de confianza. Ningún otro tema es tan apreciado por los seguidores «liberales de izquierda» de la doctrina oficial, ansiosos de explicar que Saddam es un Hitler árabe, y como «el fascismo es peor que el imperialismo» todo el mundo con sentido común debería agruparse tras el Mando Estratégico de las Fuerzas Aéreas. Esta línea de argumentación es, de hecho, la *ultima ratio* del bloqueo. En palabras de Clinton, «las sanciones se mantendrán mientras dure Saddam»<sup>12</sup>. Nadie puede dudar que el régimen del Ba'ath es una tiranía brutal, por mucho que las cancillerías occidentales lo ignoraran cuando Saddam era un aliado. Pero que sus crueldades sean únicas es una abyecta ficción. La suerte de los kurdos en Turquía, donde su lengua ni siquiera se permite en las escuelas y la guerra emprendida por el Ejército ha desplazado a decenas de miles de personas de su tierra natal, siempre ha sido peor que en Iraq, donde, sean cuales sean los demás crímenes de Saddam, nunca se ha intentado una aniquilación cultural semejante. Pero como valioso miembro de la OTAN y candidato al ingreso en la UE, el régimen de Ankara no ha sufrido ni la más leve medida sancionadora, y por el contrario, cuenta con la ayuda occidental para su política represiva. El secuestro de Öcalan<sup>13</sup> representa una llamativa réplica del de Vanunu, viéndose acompañado por tranquilizadores reportajes de los medios de comunicación anglo-estadounidenses sobre los progresos de Turquía hacia una modernidad responsable. ¿Quién ha sugerido una Operación de Salvamento Urgente en torno al lago Van, o una zona de exclusión aérea sobre Diyarbakir, por no hablar de un golpe preventivo en Dimona?

<sup>12</sup> Véase Barbara CROSETTE, «For Iraq, a Dog House with Many Rooms», *The New York Times*, 23 de noviembre de 1997.

<sup>13</sup> A cargo del PDS italiano, el PASOK griego, la CIA estadounidense y el Mossad israelí.

Si bien el destino de sus kurdos es lo que ha despertado más atención en el extranjero, la población árabe de Iraq también ha tenido que sufrir la opresión del Ba'ath. ¿Pero qué decir del firme aliado de Occidente en su frontera sur? El reino saudí no manifiesta la menor consideración hacia los derechos humanos tal como éstos se entienden en Harvard, ni hay allí elecciones tal como se conciben en Westminster, por no hablar de la situación en que viven en ese país las mujeres, que no hallaría parangón ni en la Rusia medieval. Sin embargo, ningún otro régimen del mundo árabe es más celebrado en Washington que el saudí. En cuanto a muertes y torturas, Saddam no puede ni compararse con Suharto, cuyas masacres excedieron de lejos las cometidas en Iraq. Pero ningún otro régimen del Tercer Mundo ha recibido más elogios de Occidente que la dictadura indonesia, desde su inicio sangriento hasta los años en que el gobierno de Saddam fue declarado tan inicuo que su derrocamiento se convirtió en un imperativo moral para la «comunidad internacional». En 1995, mientras las fuerzas aéreas estadounidenses y británicas machacaban desde el cielo al proscrito de Bagdad, Clinton y Gore recibieron a su leal amigo de Yakarta con los brazos abiertos<sup>14</sup>. En Londres Blair siguió enviando armas a la dictadura indonesia hasta 1998, y en vísperas de la caída de Suharto saludó la presencia de su régimen en la Cumbre euro-asiática de Londres, al tiempo que hacía ascos a la Junta birmana, cuyo número de víctimas es muy modesto en comparación, pero cuya actitud hacia los inversores extranjeros es mucho menos acogedora.

Pero si bien ni uno sólo de los argumentos habituales para el bombardeo y bloqueo de Iraq se tiene en pie, todavía queda la excusa más difundida,

---

<sup>14</sup> Suharto —el envejecido líder indonesio apoyado en el Ejército, un hombre que también sabe mucho de cómo mantener bajo control a los disidentes— fue recibido con los máximos honores, según informaba *The New York Times*. «Cuando llegó el viernes a la Casa Blanca en una visita “privada” al presidente, la sala del Gabinete estaba repleta de altos funcionarios deseosos de saludarle. Allí estaba el vicepresidente Gore, junto al Secretario de Estado Warren Christopher, el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, General John Shalikashvili, el Secretario de Comercio Ronald H. Brown, el representante comercial de Estados Unidos Mickey Kantor, el consejero nacional de seguridad Anthony Lake y muchos otros. Según uno de los asistentes, “no había ni una silla libre en la sala”. Nadie solía tratar a los indonesios así, y eso dice mucho de cómo han cambiado nuestras prioridades en el mundo». El *New York Times* no dejaba duda de cuáles eran esas prioridades. Suharto, proseguía, «representa al más reciente y extenso de los mercados emergentes: unas 13.000 islas, con una población de 193 millones de habitantes y una economía que crece más del 7 por 100 anualmente. El país sigue siendo un paradigma de corrupción y la familia del Sr. Suharto controla empresas de primera línea que sus competidores en Yakarta tienen el buen juicio de no desafiar. Pero el Sr. Suharto, a diferencia de los chinos, ha sabido cómo complacer a Washington. Ha desregulado la economía, ha abierto Indonesia a las inversiones extranjeras, y ha evitado que Japón, el principal abastecedor de ayuda extranjera a Indonesia, acaparara más de la cuarta parte del mercado de artículos exportados por ese país. Así pues, el presidente Clinton, tras hacerle las observaciones de rigor acerca de la represión indonesia en Timor Oriental, llevó la conversación a asuntos de negocios, obteniendo el apoyo del Sr. Suharto para las medidas de apertura de mercados en el encuentro anual de Cooperación Económica en Asia y el Pacífico, que se celebrará en Osaka a mediados de noviembre. Como dijo un alto funcionario de la Administración, que se ocupa a menudo de asuntos asiáticos, «Es uno de nuestros hombres de confianza en la zona». Véase David SANGER, «Real Politics: Why Suharto is In and Castro is Out», *The New York Times*, 31 de octubre de 1995.

el aparente desinterés con el que muchos se encogen de hombros: ¿Qué importa eso? Otros Estados pueden ser no menos expansionistas, procurarse con mayor efectividad armas nucleares, maltratar o matar a gran número de sus ciudadanos, ¿pero a quién le importa? No se pueden remediar todas las injusticias de golpe. Un mal en determinado lugar no se arregla dejando de hacer algo en otro. Aunque no hagamos el bien más que una sola vez, ¿no es eso mejor que no hacerlo ninguna? Mejor es aplicar dobles raseros que ninguno. Tal es ahora la casuística ortodoxa entre los leales factótums, columnistas y cortesanos de los regímenes de Clinton y Blair, que se escucha en esas ocasiones en las que resulta imposible negar las realidades –saudí, israelí, indonesia, turca o cualquier otra–: «Tenemos que acostumbrarnos a la idea de los dobles raseros», escribe sin rodeos el *Personal Assistant* de Blair para Asuntos Exteriores, Robert Cooper<sup>15</sup>. La máxima que subyace a este cinismo es: castigaremos los crímenes de nuestros enemigos y premiaremos los de nuestros amigos. ¿No es esto acaso preferible a la impunidad universal? A esta pregunta cabe dar una respuesta escueta: ese tipo de «castigos» no reduce sino que alienta la criminalidad, por parte de los mismos que los aplican. Las guerras del Golfo y de los Balcanes son ejemplos de libro de lo que sucede cuando se extiende un cheque en blanco a esos somatenes selectivos.

Estos dos casos no son idénticos, ya que en Yugoslavia no hay recursos minerales estratégicos. Pero si bien sus orígenes difieren, una misma ideología los abarca a ambos. Cooper lo plantea con una claridad admirable. Por un lado, explica sin ambages que «la razón para emprender la Guerra del Golfo no fue que Iraq hubiera violado las normas de comportamiento internacional» –las anexiones de otros países, señala, podrían tolerarse en otras circunstancias–, sino la necesidad por parte de Occidente de mantener un control estrecho de las «vitales reservas de petróleo». Por otro lado, prosigue, Occidente no debe limitarse a esos casos tan nítidos de intereses materiales, sino que el abanico de sus intervenciones debe ser más amplio: «Consejo a los Estados posmodernos: aceptar que la intervención en los premodernos será un asunto corriente. [...] Tales intervenciones puede que no resuelvan problemas, pero al menos aliviarán nuestra conciencia, y no son necesariamente la peor forma al respecto»<sup>16</sup>. Ahí tenemos el guión para Kosovo, escrito con tres años de adelanto sobre el ataque de la OTAN. El coste de la «conciencia» fue, como resultaba predecible, más muerte y destrucción, por no hablar de la limpieza étnica definitiva, sin que el «alivio» aparente pudiera compensarlas.

De hecho, esa formulación, por concluyente que parezca, precisa de ciertos ajustes para captar la realidad de la intervención de Occidente en los Balcanes. La «credibilidad» se convirtió pronto en la razón clave, oficialmente expuesta, de por qué la OTAN debía prolongar durante meses un ataque aéreo que su Secretario General había prometido inicialmente que

<sup>15</sup> *The Post-Modern State and the World Order*, Londres, 1996, p. 42.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 40-45.

sería cuestión de horas. «Salvar la cara» sería otra forma igualmente adecuada de plantearlo. El panorama que se dibuja tras esa actitud fue gráficamente expuesto por el primer ministro británico en los memorándums confidenciales a sus consejeros: «*Cuestiones clave*. Hay una serie de cuestiones –aparentemente desligadas entre sí– que están en realidad muy vinculadas. Diciéndolo un tanto ásperamente, combinan el “estar o no de nuestro lado” inflexiblemente el mantenerse firme por Gran Bretaña». Blair prosigue: «No podemos realmente pensar que tengamos ninguna posibilidad de ganar el «Standing Up for Britain» si nos mostramos contrarios a la política de defensa», del mismo modo que «[las cuestiones relativas a] asilo y crimen [pueden] parecer desligadas del patriotismo, cuando en realidad forman parte del mismo; en parte porque se trata de cuestiones de fuerza, y en parte porque llegan muy profundamente a los instintos británicos». ¿El remedio? «Kosovo debería disipar cualquier duda acerca de nuestra determinación en cuestiones de defensa» (*sic*), y «estamos adoptando medidas severas en cuanto a asilo y crimen». Los refugiados de la guerra de los Balcanes, beneficiarios de cierto tipo de rudeza, pueden ahora disfrutar los frutos de otra variante al verse arrojados a patadas del Reino Unido: «En cuestiones de asilo tenemos que destacar las denegaciones, y si las facturas de las ayudas comienzan realmente a disminuir, tenemos que destacarlo también». Los pensamientos de ese infeliz bombardero británico concluyen con esta incomparable afirmación: «Yo mismo me comprometeré personalmente tanto como pueda en este esfuerzo»<sup>17</sup>. Podríamos pensar que nos encontramos en la década de 1920, en el Palazzo Venezia.

Pese a toda la devastación que ha causado, sin esperanza de solución duradera, el balance de la intervención en los Balcanes palidece ante las consecuencias del ataque contra Iraq, donde se ha producido una auténtica Matanza de los Inocentes. Tomando en su literalidad la vanidad de nuestros líderes, Clinton y Blair son personalmente responsables de la muerte de cientos de miles de niños cruelmente sacrificados para salvar su «credibilidad» conjunta. Si nos quedamos con la modesta cifra de 300.000 niños menores de cinco años, y le sumamos la estimación provisional de unos 200.000 adultos muertos prematuramente, obtenemos uno de los mayores asesinatos en masa del último cuarto de siglo. Personas moderadas como Denis Halliday estiman una cifra total mucho más elevada, en torno al millón de muertos. En comparación, la propia Guerra del Golfo fue un asunto menor, que no alcanzó los 50.000 muertos. El crimen más sangriento de Saddam, para el que gozó del apoyo occidental, fue su ataque a Irán, que costó 200.000 bajas a su pueblo y más aún a los iraníes. El genocidio en Ruanda supuso unas 500.000 víctimas. Baste decir que el número de niños y adultos desaparecidos

<sup>17</sup> Memorándums «TB» de diciembre de 1999 y del 29 de abril de 2000, publicados por *The Times*, 16 y 27 de julio de 2000. «Acerca del crimen tenemos que poner de relieve las medidas duras», reitera obsesivamente el primer Ministro: «Algo duro, con efecto inmediato», para demostrar que el gobierno conecta «con los más recónditos instintos británicos». Una vez más, «eso debe hacerse pronto, y yo me comprometo personalmente en ello». Ambos documentos ofrecen un patético muestrario del bagaje mental del gobernante británico. La frase que lo describe más arriba pertenece a Alexander Cockburn, *Counterpunch*, 16-30 de mayo de 1999.



dos por el cerco a Iraq ronda esos récords. Si se desea una contabilidad política más exacta, se pueden atribuir a Clinton, en el poder desde 1992, nueve décimas partes de los muertos, mientras que a Blair, primer ministro desde 1997, sólo le corresponde un tercio. Dado que sin Estados Unidos y Gran Bretaña el bloqueo se habría levantado hace mucho, el papel de los restantes dirigentes occidentales puede pasarse por alto.

En 1964, a los pocos meses de que el gobierno Wilson llegara al poder, Ralph Miliband advertía a la generación de los sesenta, alborozada por el fin de los trece años de gobierno conservador y deseosa de tomar cualquier signo de reforma interna como símbolo de una administración progresista, que constituía un error fatal perder de vista la política exterior de los laboristas, dócilmente sometida ya entonces a la de Washington, y que iba a definir probablemente, predecía, el conjunto de su mandato. Al cabo de un año se demostró cuánta razón tenía: el apoyo de Wilson a la guerra estadounidense en Vietnam, una vez que Johnson envió a la fuerza expedicionaria norteamericana en 1965, puso al descubierto toda la podredumbre política acumulada en el laborismo. El final miserable del *Old Labour* tras una década de gobierno estéril estaba escrito de antemano en esa fútil y servil colusión con una salvaje guerra imperialista. En Estados Unidos la lucha contra la guerra de Vietnam liquidó a Johnson e indirectamente también a Nixon; en Gran Bretaña significó el desprecio absoluto de la gente decente de menos de veinticinco años, por no hablar de sus desilusionados mayores, para Wilson, Callaghan y sus colegas.

El asedio a Iraq no es una nueva guerra de Vietnam. Su ámbito, medios y objetivos son de una escala mucho menor. Pero existe además otra diferencia: esta vez, Gran Bretaña no sólo está prestando apoyo diplomático e ideológico a las barbaridades estadounidenses, sino que está participando directamente en ellas como aliado militar. El balance del Viejo Laborismo, por vergonzoso que fuera, no puede compararse con esta abominación. ¿Qué diría Miliband del Nuevo Laborismo, cuando sus aviones despegan para lanzar otro bombardeo sobre los restos agotados y hambrientos de un país del Tercer Mundo, cuyos niños están muriendo como moscas por mandato de la maquinaria Blair? Las discusiones políticas prevalecientes acerca del gobierno parecen ignorar todo esto, y siguen dando vueltas tranquilamente a cuestiones como el valor de su programa de creación de puestos de trabajo inspirado en el *New Deal*, el *Working Families Tax Credit* o los gastos proyectados en el sistema sanitario, del mismo modo que en Estados Unidos se parlotea acerca de los efectos del *Earning Income Tax Credit*<sup>18</sup>,

<sup>18</sup> Dispositivo fiscal por medio del cual las autoridades públicas fijan un umbral monetario, de manera que todos aquellos individuos con rentas salariales inferiores a dicha cantidad que trabajan, aunque sea a tiempo parcial, y tienen cargas familiares, reciben una subvención igual a la distancia que separa su renta real del umbral fijado. Para más información sobre el *Earned Income Tax Credit*, véanse Robert POLLIN, «La política económica de Clinton», NLR 4, Madrid, septiembre/octubre de 2000, y James K. GALBRAITH, Pedro CONCEIÇÃO, Pedro FERREIRA, «Desigualdad y desempleo en Europa: el remedio estadounidense», NLR, 5, Madrid, noviembre/diciembre de 2000. (N. del T.)

los céntimos de aumento en el salario mínimo o los planes de pensiones nacionales. Y no es que esas cuestiones carezcan de importancia; pero como pretextos vergonzantes para tolerar los gobiernos de Clinton o Blair no pasan de ser sutilezas nimias. Esos Herodes han sacrificado a demasiados niños, poniéndose a salvo tras los «instintos viscerales» angloamericanos para que quepa atribuirles ningún valor. Frente a esos regímenes despreciables sólo cabe la lucha, no los paños calientes.